

co, del derecho romano y de las artes liberales. El mismo Pontífice, celoso protector de las letras, sostuvo durante su pontificado mas de mil cursantes de toda clase de ciencias, y proporcionó libros á un número extraordinario de otros, cuya disposicion intelectual era tan grande como su pobreza. Los beneficios y distinguidas posiciones eclesiásticas el sábio Pontífice las conferia á los hombres mas ilustrados <sup>1</sup>.

Desde el año 1305 al 1400 fundáronse por el clero innumerables colegios é institutos. A treinta ascendió el número de los fundados en París en aquel siglo. La universidad de Orleans fue erigida por el papa Clemente V á 27 de enero de 1306, sobre las bases y con las prerogativas de la de Tolosa.

No fue menos fecundo en semejantes producciones el siglo XV. En 1431 Eugenio IV fundó la universidad de Poitiers, y en 1437 la de Caen. La de Burdeos fue abierta en 1441. El papa Paulo II confirmó la ereccion de la de Valencia, erigida en 1452 por Luis XI. En 4 abril de 1460 Pio II fundó la universidad de Nantes con los mismos derechos y privilegios que la de París, privilegios que el papa Paulo III, en su bula del 6 de enero de 1547, hizo extensivos á la universidad de Reims, fundada por el cardenal de Guise.

Hé ahí como la supremacía universal de la Iglesia *derramó por todas partes la ignorancia*.

Por donde se ve que no todo se resumia en la edad media á *sed* y *ergo* teológicos; que se disputaba de algo mas que de símbolos de antemano declarados de *fe*; aquella edad fue fecundísima en herejes; ellos eran la oposicion á los símbolos declarados: antes de declarar contumaces en la herejía á los profesores de un sistema irreligioso, el clero ortodoxo trazaba seria y profundamente un paralelo entre las doctrinas de la Iglesia y las reformadoras: los herejes tomaban la palabra y argumentaban. El criterio católico se hacia cargo de sus argumentos, y las bulas de los Papas en que se condenaban las herejías tienen el doble carácter de decretos definitivos y de memorias científicas; en fin, lo que eran las discusiones de la edad media se ve estudiando su obra clásica, la Suma de santo Tomás.

Nosotros deseáramos que los acusadores de la ciencia clerical estudiaran la Suma de santo Tomás; el genio teológico

<sup>1</sup> Du Boulay, t. I.

dió á la ciencia religiosa un carácter matemático, que es la admiracion de los mismos creyentes: santo Tomás llamó á la razon y á la experiencia para que levantaran con sus cuatro manos el tabernáculo de la verdad católica á altura bastante para que la vieran y adoraran todas las inteligencias de su siglo y de los siglos venideros. La Suma de santo Tomás encierra los principios de la ciencia universal; es una grande exposicion del universo, porque es la mas clara y gloriosa exposicion de la Divinidad. Y téngase entendido que santo Tomás no presupone el conocimiento del dogma, parte del supuesto que el que estudia no ve sino las objeciones que á su verdad se oponen; se hace racionalista para formar al creyente. En la obra de santo Tomás el amigo Treserra verá cuestionadas, *arguendi gratia*, todas las materias, todas; y cuestionadas de una manera tan escrupulosa, que si desea hacernos justicia, como creemos, habrá de confesar, y tendrá en ello gusto especialísimo, porque él busca la verdad, que no andamos tan á tientas en esto de definir y de creer, como algunos suponen.

Habéis dicho: «Si vosotros fuérais árbitros de la enseñanza, yo no podria saber filosofía, porque me prohibierais la lectura de las obras eminentemente filosóficas, escritas desde Descartes hasta Montalembert, si no ya desde Confucio á Pitágoras y Ciceron. Indudablemente que yo no conoceria á Locke sino por vuestros ojos. Nada sabria de Kant, ni de Spinoza, ni de Fichte, ni de Krause, ni de Hegel. Cousin seria para mí un mónstruo de cien cabezas, Lacordaire en su discurso de recepcion de la Academia de Francia y Balme en su célebre folleto: *Pío IX*, unos impíos. ¿Qué sabria de literatura? No me dejaríais conocer á Víctor Hugo, ni á Goethe, ni á la Jorge Sand, ni á Lamennais. Antes me hubiera tenido que quemar los ojos que leer á Voltaire y á Rousseau y á Diderot y á Molière y á Beranger. ¿Qué sabria de historia? ¿Quiénes serian para mí Savonarola, Erasmo, Huss, Lutero, Calvino? No existirian. Hallaria en sus páginas profundos abismos, como en vuestros historiadores los hallo desde 1526 al 1540 respecto de Inglaterra, y de 1791 al 1796 relativamente á Francia. ¿Qué sabria de astronomía? que hubo un hereje llamado Galileo, que sostenia que la tierra giraba debajo y al rededor del sol. ¿Qué sabria de química? que es un atentado á la creacion pretender animar, á favor de ciertas combinaciones, la materia inerte. ¿Qué sabria de geogra-



«¿a? que el mundo tiene tres partes: Europa, Asia y África (Sem, Cam y Jafet); que la tierra es una superficie plana... esto es indesmentible, todo esto y no mas es lo que sabria si vuestras opiniones prevaleciesen en el dia <sup>1</sup>.»

Si la enseñanza estuviera exclusivamente en nuestras manos, lo que no pedimos; pero, si sin pedirlo, el siglo entero nos confiara su ilustracion, vosotros, hijos del siglo, sabrís que Dios es Dios, y sabrís algo de la naturaleza y de los atributos divinos, y sabrís las relaciones de Dios con el universo, y lo sabrís porque os lo enseñaríamos con el auxilio de la razon teológica, que es la del criterio de nuestra Iglesia, razon que tiene en cuenta para sus enseñanzas los testimonios de la revelacion divina y la naturaleza de la constitucion humana; razon á la que, sin faltarle ninguna de las prerogativas de la filosofía, tiene por añadidura las que especialmente recibe de la divina inteligencia; vosotros, pues, podrís saber de filosofía, porque no os quitaríamos el discurso para daros la fe: os enteraríamos de la filosofía de Confucio, de Pitágoras, de Ciceron; sabrís lo que dicen Locke, Kant, Spinoza, Fichte, Krause, Hegel y Cousin. Os daríamos una historia completa de la filosofía; y si viéramos en vosotros hombres de criterio maduro y rectas intenciones, hasta impetraríamos de Su Santidad permiso de leer estas obras malas, tan seguros estaríamos de que su lectura, lejos de trastornar vuestra fe, la corroboraria.

En cuanto á Víctor Hugo, y á Goethe, y á Jorge Sand, y á Voltaire, y á Rousseau y á Diderot, serémos ingénuos, correríamos un velo sobre algunas páginas antes de permitir que las leyerais, nosotros jamás las leemos; pero, rasgando aquellas páginas, no destruiríamos, sino que perfeccionaríamos las obras, que ni literariamente pueden calificarse de buenas si son inmorales: condicion de buena literatura es la moralidad <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Carta del Sr. Treserra á doce presbíteros.

<sup>2</sup> Todavía no ha cumplido un mes que la Academia francesa celebró una sesion, cuyo debate y resultado es el apoyo mas valadero de esta conviccion nuestra: he ahí en qué términos dieron cuenta de este asunto los periódicos:

«Por 13 votos contra 11 desechó el dictámen de la comision que proponia que se adjudicase el premio Bordin á la obra de Mr. Taine, titulada: *Historia de la literatura inglesa*.

«Público y sabido es el espíritu y la deplorable tendencia de esa obra publicada en gran parte en el *Diario de los Debates*. Al aprobar muy decididamente doctrinas que vienen á sintetizarse en el ateísmo, el fatalismo y la confusion del bien y del mal moral, la comision, de

No os dejaríamos ignorar lo que han dicho Savonarola, Erasmo, Huss, Lutero, Calvino: Bossuet lo ha enseñado al pueblo en su famosa *Historia de las variaciones*, cuya veracidad protestantes y católicos han respetado. Nos preguntais: ¿qué sabrís de astronomía? ¡Ah! preguntado á los sábios astrónomos de todo el universo, congregados al rededor del P. Secchi en las costas de Oropesa, en los dias del último eclipse solar; y si os repugna dar crédito á las relaciones de los periódicos de aquellos dias y admitir los testimonios de respeto que los astrónomos del mundo rindieron al humilde Jesuita; id á Roma y subid á su famoso observatorio, y si entendeis de astronomía, cuestionad, no ya con el maestro, sino hasta con los discípulos; y si no entendeis de astronomía, ¡ah! por vuestro honor os pedimos no digais que una clase que cuenta astrónomos de la talla del P. Secchi, no sabe enseñar sino que hubo un hereje que se llamaba Galileo. ¿Qué sabrís de química? preguntais:

la que Mr. Villemain era ponente, creyó que un talento eminente y de elevadas miras podía ser motivo para que la Academia concediese al autor de una obra muy notable un premio al que el dictámen dió un carácter puramente literario, y que por otra parte no se destina, como los premios Monthyon, á las obras mas útiles á las costumbres. Defendieron con entereza esta opinion MM. Guizot y Saint-Marc-Girardin, abogando en favor de Mr. Taine, cuyas ideas empero rechazaron.

«Pero Mr. Cousin, que tomó la palabra repetidas veces, hizo notar con energia que la moralidad de una obra es esencialmente inseparable de su valor literario, y que así lo exigian el buen sentido y la dignidad de la literatura. Añadió que si la Academia premiase una obra en que se menosprecian y escarnecen todas las leyes del orden moral, por reservas que hiciese en su dictámen, se pondria en su concepto y en el del público en contradiccion con sus mas antiguas y dignas tradiciones. Y demostró que por una consecuencia inmediata abriria la puerta á doctrinas y hombres que siempre y muy recientemente ha rechazado con energia.

«En el propio sentido se expresó Mr. Dupin, y su ameno y entusiasta discurso impresionó vivamente á la Academia.

«Así, merced á la intervencion de estos dos oradores, la discusion se conservó á la altura que le correspondia. Los católicos solo intervinieron incidentalmente, pronunciando algunas palabras Mons. Dupanloup y Mr. Berryer, apoyados por el voto silencioso de MM. de Montalembert, Carné y Noailles. A estos se unieron MM. Vitet, Barante, Segur, Nisard y otros.

«De esta suerte, y en una discusion, bajo todos conceptos digna de los hombres que tomaron parte en ella, el ateísmo fue marcado de nuevo en la frente con un signo que probablemente hará poner muy alto el grito á ciertos periódicos. Pero, como ha dicho muy bien Mr. Cousin, á las grandes corporaciones no debe arrearles tener enemigos.»



y os dais vosotros mismos la respuesta: «que es un atentado á la creacion pretender animar á favor de ciertas combinaciones la materia inerte;» por lo visto sois amigos de combinaciones químicas: no lo reprobamos, al contrario, queremos ofrecer la ocasion de pasar algunos ratos plácidos: en nuestro seminario conciliar, en el que tenemos tambien nuestra clase y nuestro gabinete de física, enseña un sacerdote no ajeno á esto de combinar los elementos químicos, jóven es, y ya se anuncia de él un invento cuyo plan ha admirado á sábios nacionales y extranjeros: y nos preguntais luego: ¿qué sabríamos de geografía? Y os contestais: que el mundo tiene tres partes: Europa, Asia y Africa (Sem, Cam y Jafet). El clero enseñaria que no hay mas que el Africa, el Asia y la Europa! El clero que tiene colegios de misioneros para la América! Pero ¿á qué entretenernos á desvanecer este cargo? ¡cargo! digo: no puede serlo; agraviaríamos al que lo ha formulado si creyéramos ver en estas líneas otra cosa que un arranque de buen humor: ¡que enseñaríamos que el mundo tiene tres partes, Europa, Asia y Africa!!! Pero ¡oh! si al volver la hoja el mismo que escribió esto, escribió tambien: «al leer vuestras correspondencias de Asia y de Oceania...» basta: fechamos nuestras cartas en Oceania, ¿y enseñamos que no existensino el Asia, el Africa y la Europa? Linda ocurrencia.

Hemos citado accidentalmente á Roma; pero la capital del Cristianismo merece siempre á lo menos un párrafo aparte: si os dignárais fijar vuestra mirada atenta é imparcial en Roma, la ciudad del clero, reconoceríais que ella es una grande universidad: en ella se estudian y se enseñan todas las ciencias: y aunque pretendierais sostener que Roma no las estudia por amor, deberíais convenir que las estudia para enterarse de sus relaciones con el dogma católico; estudia con detencion las varias fases de sus métodos, para impulsar su desarrollo si andan por el camino de la ortodoxia, para detenerlo si se desvían: á Roma van á parar todas las cuestiones, todas: el Vaticano es el ateneo mas vasto del mundo: pero, no solo se convocan las ciencias en Roma para examinarlas, sino para diseminarlas: es la ciudad que cuenta mas colegios, mas bibliotecas y mas gabinetes: ¡cosa particular! ¡la ciudad de los curas es la ciudad de los libros!

¡Que nuestras escuelas solo son dignas de los pueblos de la edad media! Válanos Dios, qué poco observadores sois,

cuán poco filosofais sobre nuestra historia! ¡Oh! si hablais de buena fe, escuchad una consideracion, si pesa en la balanza de vuestro criterio lo que en la del nuestro no dudo ladeará hácia nosotros el platillo precioso de vuestro asentimiento: ¿que no progresamos? decís. En cierto sentido teneis razon. Si el progresar es cambiar de principios, concedemos que no progresamos; si progresar es desarrollar los principios admitidos por los medios mas adecuados á la índole de los tiempos, afirmamos nuestro progreso: la Iglesia ha cultivado siempre la ciencia: el estudio de la ciencia teológica ha corrido á cargo de todos los sacerdotes; el cultivo y enseñanza de las demás ciencias, todas con la teología relacionadas, las ha confiado á instituciones particulares.

Cultivaron la primera época científica los Benedictinos; su hábito, sus costumbres, su disciplina, eran á propósito para trazar el plan y echar los cimientos del porvenir científico; en la segunda época se distinguieron los Dominicos; hombres de cátedra, no abandonaban la del Espíritu Santo sino para sentarse en la de la universidad; al pueblo le enseñaban la moral de la ciencia, á los filósofos su razon; los Dominicos demostraron, durante muchos siglos, la fraternidad íntima de la Religion y de la filosofía, del templo y de la escuela, y sostuvieron con teson fervoroso el espíritu de unidad: nótese que nadie habia pensado en hacer del cultivo de la ciencia objeto de una institucion, cuando ya la Iglesia habia presentado al mundo dos instituciones tan grandes y bien organizadas como la benedictina y la dominicana.

Llegó el siglo XVI y con él un nuevo espíritu: la Iglesia, ilustrada por la sabiduría-divina, descubrió sin duda las tendencias entrañadas en los principios de la Reforma: Lutero dijo al hombre: *examina, anda*; no habia de tardar un siglo sin que empezara aquel movimiento frenético de los individuos y de los pueblos, y que la sed de saber y de ver hiciera desear á cada individuo ser á la vez juez universal y testigo universal: á la meditacion de tales principios un genio semejante al de Leon X pudo prever ya la aparicion de la enciclopedia y la invencion de los carriles y telégrafos: ó la humanidad habia de ser mártir de su frenesí, ó el cielo habia de concederle esos medios de desahogar su creciente sentimiento. Lo que nadie puede negar es que en el siglo XVI, mientras Lutero echaba los cimientos



del enciclopedismo y del movimiento continuo, el Espíritu Santo inspiró á un hijo del siglo una nueva forma de institucion: la Compañía de Jesús es la institucion reglamentada por la Providencia para enseñar la verdad en la época de los sistemas enciclopédicos y de las comunicaciones al carril; si una revelacion especial no dictó al herido de Pamplona los reglamentos de su Compañía, preciso se hace confesar que Ignacio de Loyola fue uno de los genios mas previsores que cuenta la historia de los grandes hombres. A medida que la civilizacion moderna desarrolla su plan, mas brilla la sabiduría y oportunidad de la reglamentacion jesuítica: es el jesuita sutil, como destinado á una época que prepara y concierta en las entrañas de la tierra, en las sociedades secretas, sus extraordinarios acontecimientos; es hombre ágil, como destinado á una época de movimiento incesante, de viaje continuo; hombre agradable, como destinado á una época en que á lo menos en teoría se declara cesante el imperio de la fuerza y del rigor; desprendido, como destinado á una época que siempre refrescará la memoria de la pobreza de los Apóstoles; hombre enciclopédico, como destinado á la época de la discusion y del exámen universal; y la última prueba de la prevision admirable de su disciplina, es su indestructibilidad; hizole su fundador á la vez hombre y comunidad, para que al abolir una de sus comunidades el poder revolucionario, no hiciera otra cosa que multiplicarlas, como al querer aplastar con el dedo una gota de mercurio, divídese como por ensalmo en infinidad de gotas que de la aplastada irradian. De modo que la reglamentacion jesuítica previó todas las dificultades que la revolucion moderna opondria á la conservacion y propaganda del espíritu y de la verdad religiosa; el jesuita es una solucion, y contra las soluciones no hay idea ni fuerza poderosa. La revolucion pide un sacerdote pobre, afable, ilustrado, que sea todo para todos; san Ignacio se lo da: de modo que, si prescindiendo de fechas examináramos al jesuita despues de habernos enterado de las cualidades que la revolucion exige del sacerdote (por creerlas imposibles), diríamos: «el jesuita es hijo de la revolucion;» si recordando que el jesuita vino antes del desarrollo de la civilizacion moderna, advirtiéramos su agilidad, su sutileza, su claridad ó ilustracion, y viéramos venir tras él los carriles, los telégrafos, las enciclopedias y las escuelas de todo género, las relaciones entre las prendas del jesuita y las cualidades

de nuestra sociedad, nos autorizaria á decir: «La civilizacion moderna es hija de los Jesuitas.»

Cuanto tiene de admisible el espíritu moderno está encarnado en la Compañía de Jesús, la que en este sentido puede llamarse la institucion de hoy; y por esto precisamente la revolucion dirige contra ella sus primeros tiros: porque ¿cómo se acusará de extinguida y estéril una Iglesia que tiene fuerza para concentrar en una toda la vida de sus innumerables instituciones? ¿cómo se acusará de rutinario al clero, desde el momento que presenta una forma enteramente nueva de institucion? Y ¿cómo se le acusará de ignorante, presentándole una sociedad que en tres siglos ha dado al mundo proporcionalmente muchos millares de libros mas que el conjunto de los seglares? ¿Qué academia ha escrito mas que la Compañía de Jesús? Y no se diga: no consiste todo en la cantidad, hay que tener en cuenta la cualidad; porque la cualidad de las obras, salidas de tan moderna institucion, está á la altura de los recientes adelantos: otra vez os aplazamos á Roma: haced una visita al colegio Romano: sin subir un solo escalon encontraréis algunas dependencias espaciosísimas; la forma y distribucion de los muebles os indicarán que entráis en una vasta herbolaria; cuando habréis dado algunos pasos, en el interior de aquellas piezas, perfumadas por aromas de yerbas procedentes de las cinco partes del mundo, no ya de las tres, os saludará un hombre de tez venerable; su sotana modesta os indicará que es hijo de la Compañía; es uno de sus legos: sin embargo, no lo reputa lego la ciencia; las mas famosas academias y sociedades zoológicas y botánicas se honran de contarle como á socio; los sábios le consultan y los aficionados le admiran: ¿lo sabíais ya? sin duda; de lo contrario habríais escrito: «Si la enseñanza fuera ejercida por el clero, ¿qué sabríamos de botánica sino que existe una yerba que se llama timon?» Si saliendo de los almacenes botánicos os subís por los corredores, encontraréis allí al teólogo Perrone, al filósofo Liberatore, á los periodistas de la *Civiltà cattolica*, y si subís mas, encontraréis á la sección astronómica, bajo la direccion de la notabilidad de que os hemos hecho ya mencion. Pero, no os detengais en Roma, respírase en ella un aire de espíritu que quizá os sea molesto, salid al aire libre, recorred la tierra y entrad en los colegios que de trecho en trecho tienen abiertos los Jesuitas; pasad lista de sus alumnos, y notaréis que son muchos



y distinguidos: cuestionad con los maestros y examinad los discípulos, y publicad de buena fe vuestras impresiones.

Tenemos, pues, que la Iglesia inspira, fomenta y sostiene una sociedad cuyo principal objeto es la enseñanza de todos los ramos de la ciencia y de la economía; sociedad correspondiente á las exigencias y al carácter de la civilización actual, como la dominicana lo era á la civilización de la edad media, como la benedictina lo era á la de una edad anterior.

Y al lado de la Compañía de Jesús, animada del mismo espíritu y proponiéndose idéntico objeto, ha crecido y se ha propagado la sociedad de los Padres Escolapios, sociedad que lleva el programa en su título; y aun prescindiendo de estas dos grandes instituciones escolares, el espíritu de la Iglesia ha sido de tal manera fecundo, que no hay país en el que como por ensalmo no hayan florecido sociedades que han tenido por fin derramar la ilustración y la moralidad: segun *Le Siècle* en 1856 el clero tenia abiertas ciento setenta escuelas, destinadas á la instrucción seglar, y que hacian amenazadora (léase temible) competencia á los liceos é institutos legos: añádase á este número el crecidísimo de los establecimientos sostenidos por *Hermanos de la doctrina cristiana*, y será preciso reconocer que á pesar de los trabajos de la revolución la enseñanza está en nuestras manos.

Pero, ¿á qué trasladarnos al extranjero para probar que somos aun los pedagogos de la generación venidera? ¿A qué salir de España? ¿á qué salir de nuestra misma provincia? ¿No tenemos en ella un colegio floreciente de Padres Jesuitas y varios de Padres Escolapios? ¿No contamos hombres tan eminentes como el P. Xarrié y el Dr. Coll de Valldemia que consagran el brillo de la corona, que les han conquistado sus triunfos oratorios, á iluminar las sendas de la juventud, en sus colegios de Santo Tomás y de la Virgen de la Luz? ¿No se dedican á la enseñanza de la juventud hombres de la talla científica del P. Mestres, del Sr. Gonzalez de Soto, y de la ilustración del Dr. Prats? ¿No tiene una dirección eclesiástica igualmente digna el colegio de San Luis? ¿No está, pues, bajo nuestra dirección la enseñanza primaria y gran parte de la secundaria de nuestros días? Proclamar la ilustración de la sociedad actual ¿no es reconocer la del clero que la amaestra <sup>1</sup>?

<sup>1</sup> Debemos á la fina amabilidad de nuestro respetable amigo D. Joaquín Roca y Cornet los siguientes datos que, correspondiendo caba-

De modo que son tantos y tan incontrovertibles los testimonios que tenemos en favor de que el clero no apaga las luces sino que las propaga; son tantos los padres de familia que han visitado los establecimientos dirigidos por eclesiásticos y han visto sus gabinetes y sus museos, y han oído sus exámenes y han examinado ellos mismos á sus hijos, que, seamos ingenuos, si tuviéramos odio á nuestros enemigos y fuera lícito desear la mentira, deseáramos que nuestros enemigos continuaran falseando tan á las claras los hechos, para tener el gusto de ver como ellos mismos se enajenan las simpatías de personas de criterio.

Trabájese, calúmbiese, dígase cuanto se quiera, nuestro siglo será siempre el siglo de la restauración de los Jesuitas y de la gloria del P. Lacordaire: es decir, el siglo de las escuelas clericales. Y el siglo de las escuelas clericales será el de los ferrocarriles, el de los telégrafos eléctricos, el de

heroso á una sencilla insinuación, se ha servido dirigirnos; son relativos al período literario que precede inmediatamente al nuestro y del que el Sr. Roca y Cornet es atendible historiador, pues le cupo la gloria de contribuir á su desarrollo:

«Al recorrer la historia literaria de nuestro país asaz olvidada por cierto desde la terminación de la guerra de la Independencia hasta la muerte de Fernando VII, sería una injusticia el negar, como nosotros hemos visto, que Barcelona debe al sacerdocio una gran parte de la enseñanza de aquella época que, proporción guardada con el resto de la Península, y con las circunstancias de los tiempos, es quizás la mas gloriosa para el magisterio. Los Aribaus, Medranos, Altés, Cabanyes, Lopez Soler y otros jóvenes aventajados y que brillaron cada cual en sus respectivas carreras, en cuya amistad nos hemos honrado á pesar de la disparidad de años, fueron hijos de curas, ó del Seminario tridentino, ó de los Padres del instituto de Calasanz. No entraremos ahora en comparación de épocas ni de estudios, y ateniéndonos solo á la marcha respectiva de los sistemas de enseñanza, es innegable, como lo pruebo mas extensamente en un artículo de la *Biografía eclesiástica completa*, que el clero tuvo una parte muy principal en la ilustración de la juventud durante aquel período. Los nombres solos de Avellá, Pujol, Casamada, Torá, Jaumeandreu, Llavó, Cañellas, Torres Amat y otros, recuerdan una época de desarrollo intelectual, ya científico, ya literario, de que tal vez no puede gloriarse, proporción guardada, ninguna otra capital de España. La escuela de náutica tenia á su frente al P. Agustín Cañellas, trinitario calzado, contado entre los astrónomos de mayor fama de principios de este siglo. El P. Jaumeandreu, agustiniano, iniciaba ya en la suya los principios de la vasta ciencia económico-política que tan asombroso desarrollo despues ha adquirido. Si nos remontamos á la época de los Jesuitas, tomaremos las palabras de los redactores del *Europeo*, seglares todos, y á los cuales nadie tachará sin duda de parcialidad en ningún concepto. «Cuando en 1714 se reunieron en «Cervera los estudios de Barcelona, Lérida, Tarragona, Vich y Gerona, se dejaron por de pronto las cátedras de medicina, y las de



las grandes aspiraciones y de las preciosas conquistas. La rémora del espíritu del siglo no somos nosotros, vosotros lo sabeis, y para que otros no lo sepan tratáis de desfigurar la historia; pero no la desfiguraréis, porque Dios no nos negará hombres que como Balmes heredarán un destello luminoso del criterio de Bossuet, y herirán las tinieblas de vuestras calumnias con la luz santa de la verdad; y si muere Balmes, vivirá aun Wisseman; y nos legará un Lacordaire, invulnerable á los tiros de la sociedad moderna, porque se llamará su hijo, y se encargará de haceros adorar la Religion sentada en el regazo de la libertad; y aun muriendo Lacordaire, nos quedará el P. Félix, al que habrán de escuchar los hombres progresistas del último tercio del siglo XIX; porque consagrará su talento perspicaz y su palabra penetrante á cristianizar el progreso.

Calúmniese, dígase cuanto se quiera sobre la pretendida

gramática y retórica á los Jesuitas. Estos conservaron un cierto grado de ilustracion en la capital de Cataluña, y bajo cualquier punto de vista que se considere su extincion verificada en 1767, no se puede negar que aquí fue un golpe fatal para las letras que la juventud cultivaba con aprovechamiento en el Seminario de nobles de Cordelles. Para convenir con nosotros, bastaria leer las producciones que dieron á luz sus preceptores y discípulos, en la mayor parte de las cuales apenas se observa el contagio universal de aquel tiempo en todos los ramos de nuestra literatura, y aun nos acordamos con veneracion de los nombres de Cerdá, Masdeu, Llampillas y Aimerich. Desde entonces la enseñanza de la juventud quedó reducida al Seminario episcopal. En 1820 los alumnos que concurrieron á sus cátedras fueron cerca de mil. Habia además nueve conventos de regulares en que, conforme á órdenes superiores, se daba enseñanza gratuita, en donde se instruían los niños en principios de religion, leer, escribir, contar y gramática castellana; y si en las escuelas particulares se instruían mas de 2,000 alumnos, en los conventos pasaban de 1,200. En el colegio de las Escuelas pías, establecidas en 1815 en el edificio de la extinguida Orden de los Antonianos, á mas de los primeros elementos de educacion, se enseñaba ya entonces latinidad, retórica, poesia y matemáticas puras: en 1822 concurrían 736 discípulos. El P. Catalá, trinitario calzado, bajo la proteccion de las autoridades de aquel tiempo, fundó en 1820 bajo el titulo de Academia cívica un establecimiento cuyo objeto era instruir á los de mayor edad que no hubiesen podido aprender en su niñez. Las esperanzas que hacia concebir este plan verdaderamente filantrópico quedaron frustradas por la muerte de aquel celoso eclesiástico, víctima de su amor á la humanidad durante la epidemia de 1821. La educacion de las niñas (cuando no habia colegios ni institutos como ahora) quedaba reducida á las religiosas de la Enseñanza, establecidas desde 1651 en que empezaron á enseñar á leer, escribir y labores propias del sexo. En esta piadosa escuela concurren regularmente sobre 700 niñas.» Hasta aquí los redactores del *Europeo*.

«La enseñanza que daban en Barcelona los Padres Jesuitas antes de

enemistad del clero con la literatura moderna, nadie podrá quitarnos el testimonio de un hombre tan autorizado como el eminente Fenelon, que consagró muchas horas preciosas en el período pujante de su genio, no solo á redactar obras dignas de la mas exquisita literatura, sino tambien á consignar de una manera inequívoca el interés y la solicitud para las glorias de la literatura moderna compatibles con el celoso ejercicio del ministerio apostólico. Autorizamos á nuestros adversarios continúen sosteniendo que somos los eternos enemigos de los literarios progresos; pero no les dispensamos que lean antes las siguientes líneas de la *Lettre sur l'éloquence* del inmortal obispo de Cambrai:

«Empiezo deseando que los modernos aventajen á los antiguos. Seria mi encanto ver en nuestro siglo y en nuestra patria oradores mas vehementes que Demóstenes, y «poetas mas sublimes que Homero. El mundo, léjos de

su extincion, conforme consta por un *Acto académico* que á la vista tenemos, correspondiente al año 1757, demuestra á qué nivel se hallaban un siglo atrás aquellos religiosos, así en la ilustrada educacion como en los adelantos científicos y literarios de la época. En dicho año dieron ante el Ayuntamiento y pueblo de Barcelona públicos exámenes en sus alumnos de las materias siguientes: geometria y globos, física experimental, historia, cosmografía, ciencia heráldica, lengua francesa, esgrima, representacion, danza y música.

«A pesar de la extincion de los Jesuitas no puede negarse al clero una participacion importante en la educacion y enseñanza de la juventud en el primer tercio de este siglo. Además de los datos estadísticos que hemos aducido primero, hoy dura todavía un nombre que recuerda á cuantos vivíamos ya á principios de este siglo lo que debe la juventud barcelonesa de aquella época á un sábio preceptor y eclesiástico virtuoso. Providencial fue por cierto, que despues de una lucha prolongada y sangrienta que dejó trastornados é inactivos todos los elementos de la marcha progresiva de la inteligencia, apareciese un literato tan distinguido y simpático como el Dr. D. Cristóbal Marcé, que supiese formar y dirigir una juventud escogida y estudiosa, fortuna que cupo quizá á pocos pueblos de la Península en aquella época de reparacion. El movimiento literario que se notó entonces en Barcelona se debió en su mayor parte á jóvenes amaestrados por el talento y fino tacto del Dr. Marcé, cuya memoria vivirá siempre en el corazon de sus discípulos, y que, sacudiendo las fórmulas y rutinas de épocas anteriores, como si presintiese una próxima regeneracion literaria, iniciaba á sus alumnos en el estudio de los mas grandes modelos así antiguos como modernos.

«Nosotros fuimos testigos de aquel importante movimiento literario, y hasta tomamos parte en él en lo que permitian nuestras débiles fuerzas, y podemos asegurar que así el Dr. Marcé como otros ilustrados eclesiásticos contribuyeron con otros muchos sábios de distintas clases de la sociedad, y que no merecen menos nuestro aprecio, á darle vida, extension é impulso.»





«perder nada en ello, recogería muchas ventajas. Los antiguos no serian menos excelentes de lo que siempre han sido, al paso que los modernos darian un nuevo ornamento al género humano. De los antiguos seria siempre la gloria de la iniciativa, y la de haber abierto á los demás el camino de sus progresos y la mina de sus riquezas.»

Qué nos importa que se diga que el clero es enemigo de la literatura, mientras en el prólogo de la segunda parte del ingenioso hidalgo *D. Quijote de la Mancha*, Cervantes haya dejado escrito: «Dile tambien que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite, que acomodándome al entremés famoso de la Perendenga, le respondo, que me viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pié: y viva la suma caridad del ilustrísimo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya imprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí mas libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. «Estos dos príncipes, sin que lo solicite adulacion mia, ni otro género de aplauso, por solo su bondad han tomado á su cargo el hacer merced y favorecerme, en lo que me tengo por mas dichoso y mas rico, que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre.»

Y ahora decid que el clero odia los clásicos; que si habláis de los clásicos españoles, os contestarémos, que no solo los amamantó, sino que muchos de ellos vistieron su sotana; y si de los clásicos latinos y griegos, os preguntarémos, ¿por qué conducto han llegado á vuestras manos? ¿No os los han transmitido las bibliotecas de la edad media? y ¿no pertenecieron ellas al clero? ¿No habeis leído algunos catálogos de bibliotecas monacales citados con anterioridad? ¿no habeis encontrado en ellos los clásicos del paganismo? Si el clero hubiese sido enemigo de semejantes obras, ¿podia esperar mejor ocasion de acabar con ellas, que dar paso libre á la incendiaria tea de los bárbaros? Pero, si el clero detuvo el brazo destructor de los bárbaros, si salvó las preciosidades clásicas, si las ha conservado, y si de él las habeis recibido, ¿qué nombre tiene esa ingratitud vuestra para con la Iglesia, de cuyas manos habeis recibido lo que es objeto de vuestro orgullo literario?

Que somos enemigos de las obras literarias! ¿Lo decís de veras? ¡Ah! no, que os chanceais, y suponiéndolo así os

honramos. Si de veras lo afirmárais, ¿qué diria de vosotros el pueblo, el dia que supiera, y hoy mismo lo sabe ya, qué diria de vosotros el pueblo que sabe que de las dos grandes bibliotecas que cuenta Barcelona, la una es exclusivamente clerical en su origen, en su historia y en su actualidad, que contiene mas de quince mil volúmenes, y entre ellos todos los clásicos, y la otra, que es la de la universidad, ha recibido de los extinguidos conventos casi todos los miles de ejemplares que cuenta, incluso los de los clásicos? Si, conste para vindicacion gloriosa del espíritu literario del clero, que los vastos estantes de la biblioteca de nuestra universidad albergan las turbas perseguidas de libros que noblemente hospedaba el clero en sus monasterios: y ¡felices aun aquellas turbas de libros que pudieron salvar la frontera de un establecimiento literario, escapando á la voracidad de las llamas sacrílegas!

Volved ahora á decir que el clero es enemigo de la literatura, y os volverémos á recordar que del clero proceden todos los libros de la biblioteca seminarista, y casi todos los de la de nuestra universidad <sup>1</sup>.

## VII.

*Cuestiones palpitantes. — Reclamaciones y pretensiones actuales del clero español. — En qué se funda la oposicion de sus adversarios.*

Nos proponemos trazar en cuatro líneas la historia de la lucha, ayer viva, y aun no terminada, relativa á la enseñanza dada en las universidades y en los institutos. Nos proponemos solo restablecer las cosas en su verdadero punto de vista; podemos repetir en nombre propio estas palabras dignas del obispo de Orleans: «Yo no vengo á echar nuevo pábulo de irritacion en una controversia, ya bastante ar-

<sup>1</sup> Pocos meses han transcurrido desde que el Sr. Casfelar visitó las ruinas del monasterio de Poblet: ¿vió el señor director de *La Democracia* las dos espaciosas salas góticas que estaban destinadas para biblioteca? Sin duda: pues bien, recuerde que treinta años atrás sus paredes ahumadas por los siglos estaban cubiertas de libros; hoy... el guia dice al pasajero: «aquí habia la famosa biblioteca.» ¿Qué fue de aquellos libros? la parte mas preciosa de ellos, que los religiosos tenían encajonados para salvarlos, fueron quemados por fuerza armada dentro el sagrado recinto; la otra fue incendiada dentro los muros de la misma biblioteca: un mar de ceniza salpicada con restos del oro de las encuadernaciones advertia al observador que allí habia puesto su planta asoladora un nuevo linaje de bárbaros.